

LECCIÓN 12

DE LA QUINTA A LA OCTAVA BIENAVENTURANZA

LECTURA DE FONDO



Jesús vino a la tierra para cumplir la antigua ley y los profetas, que prometieron un Mesías que nos salvaría del pecado y la muerte y nos traería a una nueva vida. El Catecismo de la Iglesia Católica dice que “Las Bienaventuranzas están en el centro de la predicación de Jesús” (CIC 1716); por lo tanto, a través de las Bienaventuranzas vemos la perfección y el cumplimiento de la antigua ley en la nueva ley. Los Diez Mandamientos pueden verse en gran medida como una ley de restricción cuyo cumplimiento se encuentra en las enseñanzas de Jesucristo. Los Diez Mandamientos declaran principalmente lo que no debemos hacer, mientras que las Bienaventuranzas declaran a los bienaventurados que lo hacen y son. Este cambio de la restricción a la acción positiva ilustra la Antigua Ley que está cobrando vida por la Nueva Ley del Evangelio. Cuando Jesús dijo que debemos ser perfectos, ya que su Padre Celestial es perfecto (cf. Mateo 5:48), supo que no podríamos alcanzar esta perfección por nuestra cuenta. Más bien, su gracia nos transforma a través del poder de su Espíritu Santo para que podamos caminar en sus pasos, en el camino que ya nos ha mostrado: el camino de las Bienaventuranzas. Por lo tanto,

exploremos las cuatro bienaventuranzas finales y observemos cómo Cristo sirvió de modelo para que las viviéramos.

La quinta a la octava bienaventuranzas

La quinta bienaventuranza dice: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia” (Mateo 5:7). Los misericordiosos dan lo que ellos mismos han recibido, misericordia. El misericordioso perdona como el Padre mismo perdona, y es en este perdón que el misericordioso encuentra su alegría. Jesús mismo perdonó los pecados de muchos y lo hizo sin condenación y tan a menudo como fue necesario, pero siempre llamó al pecador a no pecar más. La Muerte de Cristo en la Cruz trajo el perdón por nuestros pecados y eliminó nuestro merecido castigo. Estamos llamados a perdonar como Cristo perdonó, a dar el perdón que nosotros mismos hemos recibido para que podamos ser amables y compasivos unos con otros.

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8) es la sexta bienaventuranza. Los limpios de corazón o los de corazón puro son aquellos

sin motivos egoístas y que tienen integridad. Jesús contrastó lo limpio de corazón con los fariseos hipócritas que siguieron los movimientos de guardar la ley, pero estaban vacíos en sus corazones. Jesús estaba limpio de corazón porque estaba libre de pecado y resistió toda tentación humana por el deseo y poder mundanos. El que era inocente de pecado tomó nuestros pecados para que pudiéramos ser purificados. Estamos llamados a arrepentirnos de nuestros pecados y creer en la Buena Nueva. Debemos esforzarnos por asegurarnos de que nuestras acciones y nuestra piedad realmente provengan del corazón. Y debemos evitar las tentaciones y el pecado que nos contaminan y nos dejan impuros, sin juzgar los corazones de nuestros vecinos.

En la séptima bienaventuranza, Jesús nos enseña: “Bienaventurados los que buscan la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9). Jesús vive esta bienaventuranza en Su Encarnación: asumió una naturaleza humana para reconciliarnos con el Padre para que podamos ser hijos e hijas de Dios. El que busca la paz es alguien que trata a los demás como él o ella querría ser tratado, es decir, con humildad, amabilidad, paciencia y apoyo común a través del amor, en la unidad del Espíritu Santo. Los que hacen la paz son justos ante los ojos de Dios. Jesús es nuestra paz y nos da su paz, a través del Espíritu Santo, por el cual somos enviados a proclamar su paz al mundo. Estamos llamados a vivir en paz con todos, a través de la oración y la acción de gracias, y sobre todo, al poner nuestra

confianza en Jesús, el “Príncipe de la Paz” (Isaías 9:6).

La bienaventuranza final dice: “Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos” (Mateo 5:10). Jesús sufrió insultos, acusaciones falsas, persecución, preguntas insistentes, trampas de atrapamiento y muerte, todo para que podamos unirnos a Él en el Cielo. Cuando sufrimos, especialmente por Jesús, podemos crecer fuertes en amor para que Él esté con Él por la eternidad. Todos aquellos que sigan los pasos de Cristo serán perseguidos, a causa del mensaje contrario del Evangelio a la sociedad, quien primero persiguió a Cristo mismo. Los perseguidos, sin embargo, responden con bendiciones, gentileza y paciencia. En el sufrimiento, la pasión y la muerte de Cristo, soportó la mayor persecución por nuestro bien. Como testigos de Cristo, estamos llamados a ser como Cristo, hasta la muerte, y a soportar nuestras propias cruces por su causa. En nuestras debilidades, debemos confiar en la fortaleza de Cristo. Cuando sufrimos, especialmente por Jesús, podemos crecer fuertes en amor para que Él esté con Él por la eternidad. En la vida de Jesús vemos las Bienaventuranzas vividas en la realidad. También podemos vivir de acuerdo con las Bienaventuranzas siguiendo a Cristo. Cuando Jesús enseñó a los judíos antiguos que las Bienaventuranzas cumplían las promesas del Antiguo Testamento, Jesús enseña que las Bienaventuranzas nos permitirán vivir la vida de Cristo.

LECCIÓN 13

LA JUSTICIA SOCIAL Y LA MISIÓN DEL DISCÍPULO CRISTIANO

LECTURA DE FONDO



Cuando Dios reveló los Diez Mandamientos a Moisés en el Monte Sinaí, Él nos dio la ley o las reglas para la vida moral. Jesús cumplió la ley y le dio un significado aún mayor en las Bienaventuranzas y en sus grandes mandamientos para amar a Dios sobre todo y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Además de enseñarnos cómo vivir una vida moral, todas las Escrituras nos muestran que la necesidad de ley, sociedad y gobierno está escrita en la naturaleza humana. Los seres humanos fueron creados para la comunión con Dios, así como entre sí. Los Diez Mandamientos y las Bienaventuranzas nos dicen cómo las personas individuales deben tratarse entre sí, y también nos dicen mucho sobre cómo debe ordenarse una sociedad justa. Las sociedades, después de todo, están compuestas por seres humanos individuales. En todas las sociedades en las que vivimos, estamos llamados a construir el Reino de Dios aquí en la tierra.

Comunidad y ciudadanía

La primera sociedad de la que nos convertimos es la familia. El Señor elevó la dignidad del matrimonio a un sacramento. Ayudado por la gracia de Dios, el amor de un esposo y una esposa se convierte en una imagen del amor vivificante de la Trinidad. En el curso normal de las cosas, su amor crea la vida. Ya sea que nuestras familias vivan juntas o no, todas las personas en este planeta nacieron de una madre y un padre. La familia es la unidad más básica de la sociedad. Como cualquier sociedad, tiene reglas: el cuarto mandamiento requiere que los niños honren a sus padres. Además, los padres tienen la primera y más importante responsabilidad de enseñar a sus hijos nuestra fe, educarlos y respetar y alentar sus vocaciones. Los padres deben respetar y alentar las vocaciones de sus hijos. Los padres deben enseñar a sus hijos que el primer llamado de cada cristiano es seguir a Cristo. De esta manera, los padres cooperan con Dios no solo para traer vida, sino también para nutrir la creación.

La familia es también el primer lugar donde los jóvenes aprenden lo que significa ser un ciudadano de la sociedad en la que viven. El significado de ciudadanía variará según la forma de gobierno en una sociedad. Diferentes formas de gobierno han existido a lo largo de la historia y los seres humanos han luchado para encontrar y mantener la mejor forma de vida. Algunos de estos gobiernos han sido buenos, mientras que otros han sido tiránicos y opresivos.

La cualidad más importante de lo que hace que cualquier sociedad o gobierno sea bueno es su tratamiento de la persona humana. Si el respeto por la dignidad de la persona humana no está en el centro de una sociedad, esa sociedad pronto se convertirá en tiranía. Para que una sociedad sea justa, los gobiernos y todas las personas que viven en ella deben poner a la persona humana en el centro: deben trabajar por el bien común, comportarse de manera moral y respetar los derechos naturales de todos los seres humanos.

Nuestros derechos naturales se derivan de nuestra dignidad humana y son un don de Dios; no nos los da el gobierno. Si el gobierno nos otorgó los derechos, entonces algunas personas podrían tener más derechos que otras, y nadie podría decir que hubo algo de malo en eso. El Papa Benedicto XIV escribió en *Caritas in Veritate*: “Si la única base de los derechos humanos se encuentra en las deliberaciones de una asamblea de ciudadanos, esos derechos se pueden cambiar en cualquier momento”. Esta es una de las razones por las cuales el bien común de toda familia humana exige que los países cooperen entre sí y con las organizaciones internacionales. Al hacerlo, recuerda a todas las naciones que nuestra dignidad

humana proviene de ser hechos a imagen y semejanza de Dios, y nuestros derechos se derivan de nuestra dignidad humana. La misma dignidad de todos los seres humanos no significa que todos somos iguales. Todos nacemos con diferentes dones y talentos, ya sean académicos, deportivos, artísticos, musicales, de diseño, etc. La riqueza tampoco se distribuye equitativamente. Las diferencias en talentos, recursos y otras cosas significan que aquellos que tienen más deben practicar la caridad y ayudar a los necesitados. Dar a los pobres es una acción que muestra al mundo lo que significa amar a tu prójimo. Es una obra de justicia social que agrada especialmente a Dios. Estas diferencias también significan que los gobiernos y los ciudadanos tienen una responsabilidad muy seria de trabajar para reducir las desigualdades sociales y económicas, y poner fin a las desigualdades que nos lleven al pecado. Las desigualdades son pecaminosas cuando a algunas personas se les impide injustamente alcanzar su potencial. Todos los seres humanos tienen derecho a desarrollarse verdaderamente. Este desarrollo involucra a todo nuestro ser, y en última instancia se trata de si cada miembro de nuestra familia humana puede responder al llamado de Dios para ser quien Él nos está llamando a ser.

Solidaridad Humana

Todos los que siguen a Jesús están unidos en una sociedad de amistad en Cristo. Este principio se llama solidaridad y es una demanda de la hermandad humana y cristiana. Todos somos miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Al igual que todas las partes de un cuerpo están conectadas, también están conectados todos los miembros del cuerpo

de Cristo. Practicamos la solidaridad cuando soportamos los sufrimientos de los demás y cuando nos aseguramos de que las cosas materiales, como la comida, la ropa y otros recursos se distribuyan de manera justa. Los trabajadores practican la solidaridad haciendo un trabajo honesto. Los empleadores practican la solidaridad pagando un salario justo. La paz en el mundo depende de que todos estemos en solidaridad con nuestros hermanos y hermanas cristianos en otros países. Aún más importante, todos practicamos la solidaridad cuando compartimos bienes espirituales, como oraciones y penitencia. Cristo se ofreció a sí mismo como un sacrificio por todos nuestros pecados. Podemos hacer sacrificios y ofrecer oraciones para ayudar a nuestros hermanos cristianos. Cuando vivimos en

solidaridad cristiana, entonces somos una luz para las naciones como modelo de justicia y paz, y viviendo los valores del Reino de Dios. Si bien el Reino de Dios no se realizará plenamente hasta el fin de los tiempos, y por lo tanto, no podemos esperar una sociedad humana perfecta, podemos mostrar a otros que los bienes sociales resultan de caminar el camino de la vida en Cristo.

Hemos pasado el año estudiando cómo caminar en la vida de Cristo. Nuestro amoroso Padre no quiere nada más que que nosotros encontremos el cumplimiento de todo nuestro gozo en la eternidad con Él en el Cielo. Podemos confiar en Su misericordia y amar que si seguimos las señales que Él nos dejó, que encontraremos nuestro camino hacia Él.